

13. El amor es cumplimiento de la ley(1T 2025 El amor de Dios y su justicia)

Textos bíblicos: Éxodo 20:1–17; Romanos 6:1–3; Romanos 7:7–12; Jeremías 31:31–34; Mateo 23:23, 24; Santiago 2:1–9; Romanos 13:8.

Citas

- Si el enfoque e intención de nuestra vida es el amor, entonces el amor es en lo que se convierte nuestra vida. *Tricia MatticeMartinez*
- Una religión legalista, como la de los fariseos, es en algunos aspectos muy atractiva. Todo lo que tienes que hacer ante cualquier dilema ético es buscar la respuesta en el libro y actuar en consecuencia. Jesús, en cambio, dice que todo lo que tienes que hacer es amar a Dios y a tus vecinos. Eso puede parecer aún más atractivo, hasta que, en dilema tras dilema, tratas de averiguar cómo hacerlo. La dificultad aumenta cuando te das cuenta de que al amar a Dios y a tus vecinos, Jesús no se refiere a amar como un sentimiento primario. En su lugar, parece significar que, independientemente de si hay algún sentimiento involucrado, amar a Dios significa honrarlo, obedecerlo y mantenerte en contacto constante con Él. Y amar a tus vecinos significa actuar en su mejor interés sin importar qué, incluso si personalmente no los soportas. *Frederick Buechner*
- Hay leyes. Hay reglas. Y cuando las rompes, hay consecuencias. Leyes de la naturaleza y leyes de la vida. Leyes del amor y leyes de la muerte. *Amy Harmon*
- La ley del amor es amar como ama Dios, buscar la sanación del otro, sin esperar nada a cambio. *Steve Young*
- La ley del amor es la ley suprema porque es la negación de la ley; es absoluta porque abarca todo lo concreto. La paradoja de la revelación final, que supera el conflicto entre el absolutismo y el relativismo, es el amor. *Paul Tillich*
- El significado de la ley del amor radica precisamente en que no es solo otra ley, sino una ley que trasciende toda ley. *Reinhold Niebuhr*

Para debatir

¿Cómo podemos apoyar el amor sin convertirnos en antinomianos (opuestos a la ley)? Si Dios es amor, ¿por qué dedicó tanto tiempo a dar leyes, especialmente en el Antiguo Testamento? ¿Cómo evitamos predicar una “gracia barata”? ¿Cuál es nuestra motivación para seguir la ley? ¿Cómo equilibró Jesús los conceptos de amor y ley de una manera que validara ambos?

Resumen bíblico.

Éxodo 20:1–17 enumera los Diez Mandamientos. Romanos 6:1–3 contiene la frase: “¿Debemos seguir pecando para que abunde aún más la gracia?” La ley define el pecado (ver Romanos 7:7–12). En Jeremías 31:31–34, Dios promete un nuevo pacto con leyes internas escritas en la mente. Mateo 23:23, 24 registra los ayes de Jesús contra los fariseos. Santiago repite las palabras de Jesús sobre amar al prójimo como a uno mismo (ver Santiago 2:1–9). “Los que aman a su prójimo han cumplido la ley.” Romanos 13:8.

Comentario de la lección

Pablo, el antiguo fariseo ahora convertido, declara: “Porque nadie será justificado delante de Dios por cumplir lo que exige la ley.” Romanos 3:20. Respecto a sus compatriotas, afirma: “No entienden cómo Dios nos hace justos, y tratan de hacerse justos por sí mismos. Se niegan a aceptar el modo en que Dios hace justos a las personas. Porque Cristo es el cumplimiento de la ley.” Romanos 10:3-4. El versículo clave aquí es: “El amor no hace mal a nadie, por lo tanto, el amor es el cumplimiento de la ley.” Romanos 13:10.

Cristo no es quien abole la ley, sino quien la cumple. En su detallado argumento en Romanos, Pablo deja claro que la ley es buena, pero no puede salvar. La ley es una expresión del carácter de Dios y nos muestra lo que es bueno, verdadero y correcto. ¡Pero solo Dios puede salvar!

“¿Cuál era entonces el propósito de la ley?”, pregunta Pablo. “Fue añadida para mostrar qué es realmente el pecado, hasta que viniera el hijo a quien se le había hecho la promesa.” Gálatas 3:19.

En otras palabras, solo a causa del pecado y la maldad Dios establece la ley de la forma en que lo hace. Es una respuesta, una ayuda, al problema del mal. Ayuda a definir la verdad y lo correcto, pero la ley por sí misma no nos hace buenos.

Si seguimos el sistema de los fariseos y su obediencia a la ley, solo vemos el pecado como una violación de reglas. Pero es mucho más que eso: es la destrucción de una relación con Dios y el rechazo de los principios fundamentales de la verdad y la justicia. Cuando volvemos a esa relación correcta con Dios, el pecado deja de ser una obsesión por las reglas y se convierte en algo que aborrecemos, entendiendo que ni siquiera pensaríamos en hacer el mal.

El pecado no es simplemente desobedecer un conjunto de instrucciones, sino desconfiar, descreer y rechazar a Dios. Por lo tanto, solo cuando se restaura la absoluta confianza en nuestro Dios digno de confianza, puede restablecerse la armonía en el universo de Dios. Porque es la bondad de Dios la que nos lleva al arrepentimiento (Romanos 2:4), no el temor al castigo por quebrantar leyes. Si todavía tememos, entonces no amamos verdaderamente:

“Donde hay amor, no hay temor. El perfecto amor de Dios expulsa todo temor. Si tenemos miedo, es porque tememos ser castigados, y esto muestra que no hemos sido completamente transformados por el amor perfecto de Dios.” 1 Juan 4:18.

La relación correcta depende de conocer a Dios tal como es realmente y de estar de acuerdo con que sus caminos son completamente justos. ¡Por eso llamamos a Dios bueno! Solo cuando entramos en esa relación amorosa con un Dios verdaderamente bueno, que desea sanar y salvar, se puede reparar el daño del pecado y refutar las acusaciones del diablo.

Estamos equivocados, “inmundos” o injustos, no por nuestra apariencia exterior o nuestra observancia de la ley, sino por nuestra condición interna de rebelión. El pecado es egoísmo, es anarquía (ver 1 Juan 3:4), es amarnos a nosotros mismos más que a Dios y sus principios de verdad y justicia.

Nosotros, al igual que los fariseos, podemos obsesionarnos con no romper las reglas como forma de ser buenos. Pero esta actitud realmente interfiere con lo que Dios quiere hacer. Esforzarse por una obediencia técnica mientras seguimos queriendo ir por nuestro propio camino dificulta que Dios intervenga y ayude. Porque los autosuficientes no ven necesidad de ayuda. Como dijo Jesús de manera tan incisiva a quienes se consideraban justos: Él no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores, al arrepentimiento. La tragedia es que todos somos pecadores, pero algunos no lo reconocen.

Dios no está preocupado por el pecado como una “ofensa” hacia Él, sino porque sabe lo que el pecado nos hará: matarnos. Dios no se deleita en la muerte de los malvados y quiere salvar a todos sus hijos. Por supuesto, si elegimos ir por nuestro propio camino en rechazo a Dios, entonces nuestro Dios amante de la libertad permitirá nuestra elección. Pero no antes de darnos muchas advertencias y de decirnos a dónde conducirá nuestra elección. Cuando llegue el fin para sus hijos rebeldes e impenitentes, morirán, y Dios llorará por cada uno de ellos que pierda.

Dios desea más que nada eliminar nuestra pecaminosidad. “Jesús vino para quitar los pecados, y en Él no hay pecado.” 1 Juan 3:5. Al morir, Jesús, que fue hecho pecado sin haber conocido pecado (ver 2 Corintios 5:21), es nuestro Salvador sanador y dador de vida. Por el poder transformador de Dios, somos hechos nuevos. Entonces, ¿por qué querríamos volver a la vida de pecado y muerte? Hemos sido creados de nuevo. ¿Por qué querríamos regresar a una vida de pecado?

La actitud de anarquía, que es el verdadero carácter del anticristo, no tiene lugar en la vida del verdadero hijo de Dios. La anarquía no es simplemente el rechazo de las reglas de la ley, sino del Dios de la ley, quien comparte con nosotros lo que es lo mejor para nosotros. Dios no es un aguafiestas que quiere privarnos de algo bueno, como insinuó el diablo en el jardín (ver Génesis 3:5). Más bien, la ley nos es dada para ayudarnos a comprender lo que es realmente bueno para nosotros: es el mejor consejo de Dios para nuestras vidas. Jesús viene a responder a las difamaciones del diablo sobre Dios, a contrarrestar la tergiversación de lo que realmente es bueno y a exponer todo el esquema demoníaco que convierte las mentiras en verdad y la verdad en mentiras. “Por eso vino el Hijo de Dios: para destruir lo que ha hecho el diablo.” 1 Juan 3:8.

La gracia de Dios debería traer felicidad y aceptación, no hostilidad, ira y conspiración. Si nuestro sistema teológico nos lleva a luchar contra otros creyentes, a usar intrigas y engaños para dañar a quienes no están de acuerdo con nosotros, o a pensar que el fin justifica los medios, necesitamos replantearnos las cosas. En el reino de Cristo no hay malevolencia, retribución vengativa ni afilado de espadas. Su reino está gobernado por la ley del amor que no permite odio, violencia, crueldad ni difamación. Incluso esos pensamientos y acciones que consideramos menores —chismes, torcer la verdad, criticar y juzgar— no tienen lugar en el reino donde el otro es más importante que el yo.

Porque estos son los principios del reino: que lo correcto es correcto por su propia naturaleza, que el bien es inherentemente justo, y que el amor es el cumplimiento de la ley.

Comentarios de Elena de White

Como pueblo, hemos predicado la ley hasta que estamos tan secos como las colinas de Gilboa que no tuvieron rocío ni lluvia. {RH, 11 de marzo de 1890}

Dejen que la ley se cuide sola. Hemos trabajado en la ley hasta que nos hemos vuelto tan secos como las colinas de Gilboa, sin rocío ni lluvia. Confiemos en los méritos de Jesucristo de Nazaret. Que Dios nos ayude para que nuestros ojos sean ungidos con colirio, para que podamos ver. Con la ayuda de Dios, nos acercaremos a Él, y Él dice que se acercará a nosotros. ¿Creemos? ¿Vendremos de la manera que Dios ha designado? Que el Señor nos ayude y nos ilumine... {1SAT 137-8}

La constante insistencia en la ley en Gálatas, y no presentar el evangelio de Jesucristo con líneas claras, está desviando a las almas. La predicación de Cristo crucificado ha sido extrañamente descuidada por nuestro pueblo. Muchos que dicen creer en la verdad no tienen conocimiento experimental de la fe en Cristo. {9MR 185-6}

Nada, excepto el poder divino, puede regenerar el corazón humano e imbuir las almas con el amor de Cristo, que siempre se manifestará en amor por aquellos por quienes Él murió. El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, fe, mansedumbre, templanza. Cuando un hombre se convierte a Dios, se le da un nuevo gusto moral, se le da un nuevo poder motivador, y ama las cosas que Dios ama. ... El amor, el gozo, la paz y una gratitud inexpresable llenarán el alma, y el lenguaje de quien es bendecido será: "Tu benignidad me ha engrandecido" (Sal. 18:35). Pero aquellos que esperan presenciar un cambio mágico en sus caracteres sin un esfuerzo decidido de su parte para vencer el pecado, se sentirán decepcionados. {AG 302}

Ningún hilo de legalismo tiene valor alguno en la salvación del alma; porque somos salvos por gracia, a través del amor subyugante de Cristo, y el corazón se convierte en un sacrificio voluntario. Al mantener el amor de Dios en el corazón, se mantiene fuera el amor al mundo, y somos edificados en la fe santísima. Cristo es el autor y consumidor de nuestra fe; y cuando nos entregamos a su mano, crecemos constantemente en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador. Progresaremos hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. {YI, 17 de febrero de 1898}

La ley del amor es el fundamento del gobierno de Dios, y la felicidad de todos los seres creados depende de su perfecta armonía con sus grandes principios de justicia. Dios desea de todas sus criaturas un servicio de amor: homenaje que surge de una apreciación inteligente de su carácter. No se deleita en una lealtad forzada, y a todos concede libertad de voluntad para que le rindan un servicio voluntario. {GC 493}

La ley de Dios es la ley del amor. Él te ha rodeado de belleza para enseñarte que no estás en la tierra solo para trabajar para ti mismo, cavar y construir, esforzarte y hilar, sino para hacer la vida brillante, alegre y hermosa con el amor de Cristo, como las flores, para alegrar otras vidas mediante el ministerio del amor. {MB 97.3}